

Alerce

Año 9, N° 81, mayo de 2021. SECH, 90° ANIVERSARIO. Director: David Hevia.

Física y poesía se dan cita en la obra literaria de Yasmín Navarrete

Nacida el 20 de enero de 1987, la poeta chilena Yasmín Navarrete creció en un ambiente en el cual la belleza de la ciencia aparecía como un eje fundamental frente a sus inquietudes personales. Así, tras formarse en el Liceo Carmela Carvajal, ingresó a la carrera de Física en la Universidad de Chile, posgraduándose en esa disciplina, en el marco de una búsqueda que la llevó también a cursar estudios de Neurociencias. Para entonces, las letras ya calaban hondo en su quehacer, lo que se expresó en su participación en tertulias universitarias y en antologías. A la fecha, ha publicado los libros *Fuera del equilibrio* (2013) y *Por Descartes* (2017). De su obra, en la que se respira una exploración sensible y lúdica, destacamos los poemas incluidos a continuación.

Impotencia

Siento frío entre la gente.
Siento calor en este pecho ardiente.
Siento ansiedad estando acá sin que nada pueda pasar.
No sé, no sabré, no sabemos.
No tenemos rencores y eso nos aplaca estando lejos.
Cuál es la verdad de este tiempo insulso, iluso, roto, cortado de ilusiones abstractas.
Quizás el huracán sea la metáfora al temor por despertar.

Estrella oscura

Y el agujero negro danza buscando el amor en otros universos perdidos,
esa estrella dormida en otras dimensiones, en toda esa gravedad, su propia oscuridad.
Es el sol muerto y vivo, perdido en la mente de un ciego.



Una teoría de cuerdas

Mi cuerpo suena como las notas de tus colores,
y generan esas partículas como universos de tus ojos fríos.
Y cada vacío es el terror a un nuevo universo sin tus besos.
Y cada desconexión es esa conexión con lo infinito llena de versos
Y las cuerdas me tocan con tu voz que afina lo insondable
De fechas innumerables
Constelaciones perfectas del pétalo, su óvulo universal.
El tiempo no existe mientras el origen anteceda la explosión. Mientras soy ese instrumento que se afina en el silencio... la ausencia de tu palabra.

Implicancia

Si la física fuera un poema,
si los poemas fueran ciencia, si las palabras se bailaran,
si estudiar no fuera un modelo universal.
Si los modelos tuvieran sentido, si los sentidos fueran un espiral. Y los espirales llenos de palabras como lluvia al rocío.
Si la vida no fuera el androide de un virus mental. Si los tambores fueran ritmos del cuerpo.
Si el cuerpo nos tocara más seguido y gritara.
Si el grito se convirtiera en danza.
Y la danza nos desenmascarara.
Tantos años de cicatrices y pantomimas.
Tantas corazas descorazonadas.
Y el corazón es el que decanta.
La muerte, siempre es la muerte... el afán por recordar de nuevo. El ritmo en su corazón invisible.

Samsara

En este afán por llenar mi vacío.
En ese afán por querer mirar y ver en ti lo que ilusoriamente me falta.
En ese afán de mi mente por experimentarte para encontrarme. En ese afán me olvidé y encontré en el silencio la desintegración de todas las formas, mi propio reflejo.

Metáfora

La gravedad se presenta cuántica en esa luz curvada por el tiempo.
Es la aparente soledad de una estrella oscura, la información de todos los tiempos.

Más allá del ego

Eres esa paradoja que no se resuelve con la mente
Eres la vida misma como el camino de la recta tao mal entendido, la menor trayectoria entre dos puntos.
Esa mente está entre nosotros
Ese demente ágil y divisorio, nos separa en el llanto adormecido.
Dilatación
Contracción
Contradicción
Contradicción es la norma que juega el juego de la ilusión.

Yasmín Navarrete



Óscar Castro Ramírez, el teatro en su propia voz

Actor, director teatral y dramaturgo, Óscar Castro Ramírez (1947-2021) dejó una huella imborrable, convirtiendo el desempeño sobre las tablas en una forma de vida y en un potente mensaje social. Ganador del Premio al Mejor Texto y Montaje en los Encuentros Charles Dullin en 1983 por *La noche suspendida*, le fue concedida en Francia, en 2018, la Orden de la Legión de Honor. Artífice del Teatro Aleph, en 2006 trazó en Apocatástasis una semblanza personal que, por su valor, volcamos en estas líneas.

Infancia. “Los papás se preocuparon de traernos a mi hermana y a mí a estudiar a Santiago para que nuestra educación tuviera aires capitalinos. Ellos pasaban la mitad de la semana en Santiago y la otra mitad en el campo. Debido a este ausentismo de nuestros padres vivíamos solos con una nana el resto del tiempo. Los alumnos de quinto y sexto humanidades hacían representaciones teatrales a fines de año. Cuando comencé a verlos me dije a mí mismo: eso es lo que quiero hacer cuando sea grande”.

Presidio. “Mi hermana y yo al menos estábamos encarcelados por ocultar a alguien que era buscado por los militares. Sin embargo, mi madre, que era una señora conservadora, más bien de derecha, y mi cuñado que era inocente también, terminaron engrosando la lista de desaparecidos de los que no nunca se supo hasta la fecha. Mientras estuve preso armé obras teatrales en forma permanente, lo que hizo que me mantuviera con espíritu positivo. Es una de las experiencias más enriquecedoras de mi vida”.

Exilio. “Yo había estado antes en Francia con mi grupo chileno del teatro Aleph en el Festival de Nancy. Eso significó que cuando llegué exiliado conté con el apoyo de algunos artistas franceses. Inventé una modalidad teatral que promoví como chilena. En nuestro país no se practicaba un teatro de estas características, pero tenía claro que no podía llegar a competir con los franceses con un género artístico que ellos llevaban a la escena hace cuatrocientos años. Entonces decidí instalar un teatro donde la gente además de asistir a la obra pudiese participar del acto artístico bailando y comiendo”.

Francia y Chile. “Vivir en Francia me permite estar en contacto con la cultura de toda Europa sin temor a la distancia. Por ejemplo, fui a Grecia para solicitarle a Mikis Theodorakis que musicalizara una obra que escribí acerca de Pablo Neruda. Fue una experiencia extraordinaria. Sin embargo, en Chile descubrí mi real identidad. El olor del campo chileno, con sus eucaliptos y sus sauces, me ofrecen una sensación de felicidad indescriptible. Es por eso que ahora navego entre las dos aguas: Francia y Chile”.

El arte. “Esto es igual que ser panadero: tienes que comenzar a amasar desde la madrugada y trabajar todos los días de la semana. No creo tanto en la inspiración como en la labor ardua y creativa”.

Narrativa

Los cascos sobre el teclado

El día en que cumplí aquella edad, me había obsesionado tanto con la idea de volver a cabalgar, que todos estaban pendientes de mis movimientos. Quien se ocupó más en vigilarme fue la menor de mis hijas; ella, pianista excelsa, me entretuvo casi toda la tarde con la excusa de tocar en mi homenaje esas que eran mis melodías predilectas; yo observaba inicialmente, sin mayor encanto, cómo se desplazaban sus dedos sobre el teclado cual si recorrieran el tiempo de extremo a extremo, sacándole al instrumento múltiples evocaciones e imágenes que, no obstante, me llevaban a una dimensión mágica que no podía evadir. Sus dedos blancos y largos, curvándose, extendiéndose, rehuendo el obstáculo de las otras teclas y los silencios, me parecían caballos galopando, corriendo caudalosos y rápidos al roce de los paisajes que desaparecían en el color gris de la velocidad, por lo que jamás pudo desaparecer de mi mente la idea fija de correr por el valle, escapar sobre ese caballo que me iba a devolver, al cabo de esos cien años, la agilidad perdida y la sensación de romper los algodones del relajo para recuperar la libertad de antes. Aunque la música y su apariencia eran cautivantes, como lo eran también sus penetrantes ojos verdes, que a intervalos me buscaban desde su carita de aflicción bajo su pelo claro, semejante a una precipitación de agua sobre las piedras, como si también pulsara esas teclas, no pude dejar de pensar en eludirla; le dije que me retiraría a oírla reclinado en el sofá junto a la ventana, para que, aunque tocando de espaldas hacia mí, pudiera, sin embargo, oírla con comodidad.

Comencé a observarla y a sentir cómo la música llenaba la sala de una insuperable armonía; sus movimientos lentos, acompasados, acelerados a veces, parecían ir cabalgando también el transparente corcel de su infinita fantasía; a pausas, volvía la cabeza buscándome sobre el sofá, como un jinete que esquiva el viento; yo cerraba los ojos como si durmiera, o no quisiera sino oír y oír; oír solamente las notas saliendo de sus manos.

La música, al cabo de un rato, fue atenuando aquella intensidad como si esas yemas rosadas apenas acariciaran con suavidad tibia el albo escenario de sus dedos. Entonces, como si faltara una brisa que hiciera más fresco el aire del pequeño salón, levanté la mano desprendiendo el picaporte; las bisagras rechinaron absorbidas por las notas, descubriendo enseguida que lo podía realizar todo en armonía con el ritmo y la cadencia de lo que salía del propio instrumento; y así fue que agregué por un momento los sonidos de la ventana y los del sofá a los acordes, creyendo enriquecer sus matices. Miré con sigilo hacia abajo, proyectando la vista hasta la tierra del corredor, para ver cómo desplomarme sin

hacerme daño, encontrando antes de llegar al suelo algo que ondulaba blanco y cubría todo el panorama bajo lo cuadrado del marco.

La música se hacía más leve como si fuera a terminar de un momento a otro; en medio de la confusión no advertí la posición del animal; solo vi sobre su lomo la acinturada montura de color café brillante y unas trenzas de cuero bruñidas que salían por todas partes y acababan colgadas formando un rollo bajo los palos del techo. Miré sesgadamente hacia adentro; ella todavía tocaba suavemente como convidando al silencio; sobre el piano, también de color café brillante, había asimismo otra especie de monturilla de tono blanco en la que ondeaba la escritura de la música. Ella movía con lentitud su cabeza con la mano levantada como para dar el último golpecito con que la cuerda se sumergiría despacio y largamente en el mutismo del último movimiento.

Era el instante de dar el impulso; me sostuve, con toda la ya escasa y trémula fuerza de mis músculos, del borde de la ventana, y al tiempo que su dedo caía sobre la tecla negra, produciendo un sonido bajo y profundo, yo me derrumbaba encima de ese lomo blanco que se hizo más blanco al reventar lo mismo que una ola.

El caballo comenzó una carrera que rajó el cielo; sus patas llevaban pegada la intensidad de sus acordes como si el piano pusiera en ellas la dentada armazón de un puente interminable que yo miraba prolongarse como un hilo saliendo tras sus caderas. Como había caído montado hacia atrás, no pude sino sujetarme fuertemente de la silla, y tendido casi sobre sus ancas empecé a perder el punto cada vez más pequeño de la casa y la gente que había salido al patio. Ahora aquellos dedos eran la desenfrenada y desbocada carrera de una cabalgadura que partía en mil divisiones los cristales sublimes de su sonido, desde la nota más sutil, como un silbido casi imperceptible y a la vez ensordecedor, hasta la más remota y ronca tronadura que casi vuelve a ser el propio silencio, y se sucedían así mismo las imprevistas formas desfilando hacia la desaparición como los vuelos de esas aves que se hunden en el punto oscuro de algún firmamento.

En mis orejas el viento helaba; sorteaba el piano los altibajos de la sorpresiva senda; los cascos rebotaban sobre el empedrado y los cristales roncros, claros, múltiples, únicos; trotando, corriendo, como un torbellino de libertad constelada. Empecé de pronto a sentir que mis manos se volvían más blancas y livianas y un perdido mechón de pelo negro volvía sobre mi frente y se sacudía contra mis ojos como un pájaro suave; el olor de la vegetación colmaba el aire de un primaveral aliento, acompañando a las notas que no cesaban de rozar mis oídos cada vez más claros.

De pronto, un acorde agudo, finísimo cual una aguja de aire, cruzó de lado a lado mis sienes; fue como si todo se agolpara contra mi cerebro; el caballo se detuvo repentinamente; sus patas parecieron enterrarse desapacibles y súbitas, elevándose por sobre otros muchos caballos que retozaban junto a un corredor, más acá de los objetos y las puertas. El salón de la casa olía a vino y a pan fresco; en un rincón, próximo a algo

parecido a un piano, una niña blanca de profundos ojos verdes y pelo claro como una precipitación de agua sobre las piedras, volvía a intervalos la cabeza con su carita de aflicción, buscándome y desplazando sus largos y blancos dedos por el teclado.

Afuera, un caballo joven exhaló un relincho que congeló el viento del crepúsculo. Le dije que me quedaría a oírla recostado en el sillón junto a la ventana.

Luis Contreras Jara

Cielito lindo

(FRAGMENTO INICIAL DE LA NOVELA)

Recordar hace bien, digo yo, quitar de golpe esa comezón del espíritu que siempre estará allí para que no olvidemos quienes somos y fuimos, porque en la plenitud de la existencia necesitamos aferrarnos a algo, no solo algo tangible sino apenas un lene velo que nos proteja de luces y falsas luminaria, caras, sombras: ecos de aquello que fue. Todo esto lo digo cuando pienso en la señorita Vicky, así, casi invisible, desleída, pero que pica y raspa las capas del alma. Evocar a la señorita Vicky es hablar de nosotros, de cada uno en particular: ella fue la estrella de la bandera, y no imagino a la bandera sin estrella. Pensando bien, la bandera sería “Cielito lindo”, este distinguido lupanar que fue hecho para que La Serena dejara de estar serena y palpitara y se estremeciera como debe ser, con toda la capacidad que disponemos. Amén. ¿El porqué del nombre? No lo sé. Ignoro cómo y cuándo surgió o si fue adquiriendo realidad sin darnos cuenta. ¡Cielito lindo! Todos los que saben cómo escapar de lo rutinario del desencanto, tristezas y escozores, llegan aquí como fantasmas desorientados en busca de una respuesta, de una tabla donde aferrarse... El Cielo está al alcance de sus manos...

¿La señorita Vicky era una puta o una santa? Sus manos sangraban y también sus orejas y el habla era solo un murmullo que apenas se escuchaba, una corriente helada de aire que traspasa, que nos hunde en un abismo sin términos. Ella podía escuchar las voces de los pájaros, de las hormigas y se apegaba a la tierra durante horas, y regresaba, siempre regresaba, pálida, muy pálida y temblorosa.

—La señorita Vicky era apenas una sombra, eso dicen, pero tengo aún en mis manos el calor de su cuerpo y a veces escucho su voz que casi rasguña la quietud de la noche.

Thelma Muñoz Sotomayor

